El color del amor

Javier Pérez

Capítulo 1

El color del amor

Si uno tiene en su haber un secreto – en general todos tenemos uno – lo más conveniente es no compartirlo con nadie. Algunos dirán que no le encuentran el encanto a un secreto si no se participa con alguien, eso sí, con la firme promesa de que no sea divulgado. Precisamente a ellos les hago saber lo que le pasó a una amiga y comprobarán que es así como les digo.

Mi amiga tiene un secreto maravilloso que una vez me confió y que, solo a los fines didácticos que me propongo, compartiré en esta ocasión: cada vez que se enamora, el color de sus ojos cambia y esto le ocurre solamente cuando está frente a la persona que ama. El cambio sólo es perceptible por los que son objeto de su amor, por lo que hemos sido merecedores de su confianza y por aquellos que tienen una sensibilidad cromática extraordinaria ya que la variación se da en la gama de los celestes, que es el color de sus ojos.

Cuando es víctima de un amor pasional el celeste se torna azulado cobalto, intenso y turbulento como algunos cielos de verano pero si se trata de uno que se ha manifestado como al pasar, creciendo sereno sin prisa pero sin pausa, el celeste se agua y se diluye en tonalidades verdes. Ahora si cae en un amor reflexivo y reconcentrado, como una melodía antigua y otoñal, el celeste se opaca y tiende hacia el violeta.

No ha sido sencillo encontrar una explicación para este fenómeno, pero ella insiste en que se trata de una imposición de su naturaleza animal y que, como ocurre con la cola de los pavos reales, esta tergiversación funciona como un estimulante sexual en el macho de la especie. Personalmente creo que así como el corazón da cuenta del estado de enamoramiento bombeando más sangre, las endorfinas de mi amiga producen esta variación cromática, probablemente para aminorar el estrés que provoca ese estado. Reconozco que mi explicación puede despertar más de una crítica entre los románticos y devotos del flechador angélico pero permítaseme aclarar a modo de defensa que cualquiera sea la causa de esta asombrosa manifestación pierde sentido frente a ella, siendo como he sido, testigo de su metamorfosis.

Como depositario de su secreto no me fue difícil percibir el cambio de coloración cuando mi amiga perdió el juicio por alguien que, a mi criterio, no lo merecía. Sus ojos cambiaron repentinamente hacia un azulino que por un momento se asemejó a la intensidad de los mares patagónicos y quedé profundamente conmovido porque había tenido un privilegio de

pocos: comprobar la manifestación orgánica del amor. El romance fue intenso y breve como una tormenta del trópico y la desilusión que sobrevino encontró en mí el desahogo que necesitaba. Durante todo ese tiempo, un mes en que fuimos inseparables y logré que superara su pena, sus ojos conservaron el índigo que prevalece cuando su corazón está en calma.

Ayer, sin embargo ocurrió algo que me llevó a pensar que ser depositario de un secreto ajeno puede asemejarse a caminar por el borde de una cornisa con los ojos cerrados. Volvimos a encontrarnos, esta vez junto a una compañera de la facultad con la que compartían el estudio. Disfrutábamos de un café cuando la muchacha le comentó: "Es increíble cómo la luz del ocaso juega con el color de tus ojos. Juraría que cuando veníamos para acá eran de un añil definido y ahora son de un sereno celeste, casi transparente." Mi amiga se sonrojó levemente, cerró los párpados por un brevísimo instante y cuando los volvió a abrir, me miró fijamente y me regaló una enigmática sonrisa.